



Homilía de Asunción de la Virgen María

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Dios ha mirado la humillación de su esclava”

Introducción

Los cristianos corremos el peligro de idolatrar a la Virgen si olvidamos que María no se entiende si no es en relación con la presencia salvífica que Dios ha tenido siempre con toda la creación, presencia que llevó a su plenitud por medio de Jesús de Nazaret. Dios –que no lo necesita– es el que debe ser honrado por nosotros en esta fiesta de la Asunción de María, como lo ha de ser en todas las que los cristianos celebramos, por su infinita, incondicional e inimaginable bondad y misericordia para con todos nosotros, y por ser el origen de los dones que nos adornan a las criaturas. A la manera como hizo con Jesús, Dios lleva a cabo la suprema liberación de los seres humanos al darnos vida junto a Él más allá de la muerte. Dios, que resucitó a Cristo de entre los muertos como el primero de los que durmieron, también resucitó a su madre María, que fue alabada por Jesús más por su fe que por el hecho biológico de ser su madre. María es el primero y más eminente fruto de la redención llevada a cabo por su Hijo. Eso significa que Dios la “elevó” en cuerpo y alma al cielo. Por eso hoy debemos, como la creyente María, “proclamar la grandeza salvadora del Señor”.

Pero no todo puede quedar en agradecer y proclamar con palabras la grandeza salvadora de Dios. Los primeros seguidores de Jesús, por su fe y su contacto con él, experimentaron una transformación completa en sus vidas. Y el “Abba” de Jesús y nuestro, el Dios que tiene preferencia por los pobres, los excluidos y los pecadores, reclama de los que nos consideramos cristianos, seres humanos transformados, seguir el itinerario vital de Jesús: servir al reino de Dios con todas nuestras fuerzas para “elevar” a las personas de las miserias en las que están hundidas.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 11, 19a; 12, 1. 3-6a. 10ab

Se abrió en el cielo el santuario de Dios, y apareció en su santuario el arca de su alianza. Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; y está encinta, y grita con dolores de parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otro signo en el cielo: un gran dragón rojo que tiene siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas, y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se puso en pie ante la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo cuando lo diera a luz. Y dio a luz un hijo varón, el que ha de pastorear a todas las naciones con vara de hierro, y fue arrebatado su hijo junto a Dios y junto a su trono; y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios. Y oyó una gran voz en el cielo que decía: «Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo».

Salmo

Sal 44, 10. 11-12. 16 R/. De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir.

Hijas de reyes salen a tu encuentro, de pie a tu derecha está la reina, enojada con oro de Ofir. R/. Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna. R/. Prendado está el rey de tu belleza: póstrate ante él, que él es tu señor. R/. Las traen entre alegría y algazara, van entrando en el palacio real. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 20-27a

Hermanos: Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo, en su venida; después el final, cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, poder y fuerza. Pues Cristo tiene que reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte, porque lo ha sometido todo bajo sus pies.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 39-56

En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, “se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava”. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: “su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia” —como lo había prometido a “nuestros padres”— en favor de Abrahán y su descendencia por siempre». María se quedó con Isabel unos tres meses y volvió a su casa.

Comentario bíblico

La Asunción

1ª Lectura: Apocalipsis 11, 19a; 12, 1-6.10: ¡El cielo siempre nos espera!

I.1. Se ha querido comenzar esta lectura poniendo la manifestación celestial del Arca de la Alianza, que ya había desaparecido del Santuario de Jerusalén, probablemente con la conquista de los babilonios. ¡Es imposible encontrarla en alguna parte, a pesar de que se alimente la leyenda de mil maneras! Y ni siquiera será necesaria en un cielo nuevo, porque entonces habrá perdido su sentido. En nuestro texto es todo un símbolo de una nueva época escatológica que revela las nuevas relaciones entre Dios y la humanidad.

I.2. Y si de signos se trata, el de la mujer encinta ha sido identificado en María durante mucho tiempo. Esta lectura ya no tiene sentido, aunque se haya escogido este texto para la fiesta de la Asunción. No es posible que el niño que ha de nacer se identifique con Jesús que sería arrebatado al cielo para evitar que sea destrozado por el dragón. Si fuera así, toda la historia de Jesús de Nazaret, el Señor encarnado que vivió como nosotros y fue crucificado, perdería todo su sentido. La transposición no sería muy acertada.

I.3. El símbolo del cielo, apocalíptico desde luego, es el de la nueva comunidad, la Iglesia liberada y redimida por Dios que engendra hijos a los que les espera una vida nueva más allá de la historia. También María es “hija” de esa Iglesia liberada y salvada que vive como nosotros, siente con nosotros y es resucitada como nosotros, aunque sea madre de nuestro Salvador. Y por eso es también “madre” nuestra.

2ª Lectura: Primera a los Corintios 15, 20-26: En Cristo, todos tendremos una vida nueva

II.1. Cuando Pablo se enfrenta a los que niegan la resurrección de entre los muertos, se apoya en la resurrección de Cristo que ha proclamado como kerygma en los primeros versos de esta carta (1Cor 15,1-5). En el v. 20 el apóstol da un grito de victoria, con una afirmación desafiante frente a los que afirman que tras la muerte no hay nada. Si Cristo ha resucitado, hay una vida nueva. De lo contrario, Cristo que es hombre como nosotros, tampoco habría resucitado.

II.2. Podríamos decir muchas más cosas que Pablo sugiere en este momento. Él le llama “primicia” (aparchê), no en el sentido temporal, sino de plenitud. En Cristo es en quien Dios ha manifestado de verdad lo que nos espera a sus hijos. Él es el nuevo Adán, en él se resuelve el drama de la humanidad; por eso es desde aquí desde donde debe arrancar la verdadera teología de la Asunción, es decir, de la resurrección de María. Porque la Asunción no es otra cosa que la resurrección, que tiene en la de Cristo su eficiencia y su modelo; lo mismo que sucederá con nosotros.

Evangelio según san Lucas 1, 39-56: Un canto de “enamorada” de Dios

III.1. La visitación da paso a un desahogo espiritual de María por lo que ha vivido en Nazaret ¡había sido demasiado!. El Magnificat es un canto sobre Dios y a Dios. No sería adecuado ahora desentrañar la originalidad literaria del mismo, ni lo que pudiera ser un “problema” de copistas que ha llevado a algunos intérpretes a opinar que, en realidad, es un canto de Isabel, tomado del de Ana, la madre de Samuel (1Sam2,1-10) casi por los mismos beneficios de un hijo que llena la esterilidad materna. En realidad existen indicios de que podía ser así, pero la mayoría piensa que Lucas se lo atribuye a María a causa de la bendición como respuesta a las palabras de Isabel. Así quedará para siempre, sin que ello signifique que es un canto propio de María en aquel momento y para esa ocasión que hoy se nos relata.

III.2. Se dice que el canto puede leerse en cuatro estrofas con unos temas muy ideales, tanto desde el punto de vista teológico como espiritual; con gran sabor bíblico, que se actualiza en la nueva intervención de Dios en la historia de la humanidad, por medio de María, quien acepta, con fe, el proyecto salvífico de Dios. Ella le presta a Dios su seno, su maternidad, su amor, su persona. No se trata de una madre de “alquiler”, sino plenamente entregada a la causa de Dios. Deberíamos tener muy presente, se mire desde donde se mire, que Lucas ha querido mostrarnos con este canto (no sabemos si antes lo copistas lo habían transmitido de otra forma o de otra manera) a una joven que, después de lo que “ha pasado” en la Anunciación, es una joven “enamorada de Dios”. Esa es su fuerza.

III.3. Los temas, pues, podrían exponerse así: (1) la gozosa exaltación, gratitud y alabanza de María por su bendición personal; (2) el carácter y la misericordiosa disposición de Dios hacia todos los que le aceptan; (3) su soberanía y su amor especial por los humildes en el mundo de los hombres y mujeres; y (4) su especial misericordia para con Israel, que no ha de entenderse de un Israel nacionalista. La causa del canto de María es que Dios se ha dignado elegirla, doncella campesina, de condición social humilde, para cumplir la esperanza de toda doncella judía, pero representando a todas las madres del mundo de cualquier raza y religión. Y si en el judaísmo la maternidad gozosa y esperanzada era expectativa del Mesías, en María su maternidad es en expectativa de un Liberador.

III.4. Este canto liberador (no precisamente libertario) es para mostrar que, si se cuenta con Dios en la vida, todo es posible. Dios es la fuerza de los que no son nada, de los que no tienen nada, de los que no pertenecen a los poderosos. Es un canto de “mujer” y como tal, fuerte, penetrante, acertado, espiritual y teológico. Es un canto para saber que la muerte no tiene las últimas cartas en la mano. Es un canto a Dios, y eso se nota. No se trata de una plegaria egocéntrica de María, sino una expansión feminista y de maternidad de la que pueden aprender hombres y mujeres. Es, desde luego, un canto de libertad e incluso un programa para el mismo Jesús. De alguna manera, también así lo ha concebido Lucas, fuera o no su autor último.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

El Magnificat expresa parte de las bienaventuranzas del reino de Dios

El «reino de Dios», frase clave del mensaje de Jesús, no es otra cosa que la expresión bíblica de lo que es Dios: soberano amor, incondicional y liberador, sobre todo de los pobres, enfermos, viudas, pecadores y marginados. El Magnificat recoge parte de las bienaventuranzas del reino de Dios. «A los hambrientos los colma de bienes ... a los ricos los despide vacíos... dispersa a los soberbios de corazón ...enaltece a los humildes». María, siguiendo la vida y el mensaje de su Hijo, quiere, en su canto, dar esperanza justamente a quienes, en la perspectiva social y humana y en conformidad con nuestras humanas reglas de juego, carecen ya de toda esperanza. El Dios al que Jesús llama “Abba” es primeramente el Dios de los rechazados y los excluidos, porque ése es el único modo de ser un Dios de todos los hombres. Y en esta conducta de Jesús con los excluidos de la tierra, Jesús tiene conciencia de actuar como Dios lo haría y expresa al mismo tiempo qué Dios tenemos los seres humanos.

Jesús, al mostrar su preferencia por ellos, arranca a los pobres del desprecio de sí mismos por ser discriminados, les devuelve su dignidad de seres humanos. Y esta primera liberación individual es a la vez el posible comienzo de una autoliberación social, una rebeldía contra un sistema social que empobrece a una gran parte de la población. Las bienaventuranzas sobre los pobres no son un consuelo evangélico para mantenerlos calmados. Es más bien la divina licencia que Jesús les da para alzar su protesta, como hijos especialmente amados por Dios, contra una sociedad vio-lenta con ellos. Justamente to-mando partido por los pobres y discriminados, el reino de Dios se hace presente. Éste es, al mismo tiempo, una crítica y un reto a los que somos ricos para desprendernos del egoísmo y marchar por el camino del compartir fraternal.

El dragón rojo del Apocalipsis personifica al mal que nos acecha

El autor del Apocalipsis personifica en el dragón rojo –ensangrentado– al Imperio romano –sobre todo al emperador divinizado– que en aquellos tiempos perseguía sangrientamente a los cristianos. El poder militar, político y propagandístico de este imperio era tan grande que ante él la fe cristiana, la Iglesia, parecía una mujer inerme, sin posibilidad de sobrevivir, y mucho menos de vencer. ¿Quién podía oponerse a este poder omnipresente, que aparentemente era capaz de hacer todo? Y, sin embargo, para el autor sagrado, al final venció la mujer inerme.

En nuestro tiempo, el dragón rojo reviste otras formas a las que los cristianos estamos llamados a combatir. Por ejemplo, una sociedad de consumo que, como el emperador romano, exige entrega total y adoración, y que, sin embargo, causa hambre y miseria en una gran parte del planeta. Hoy hemos visto que tiene pies de barro y que se asienta sobre la mentira, como lo demuestran los millones de personas que están sufriendo el desplome del sistema económico mundial. También el sexismo es una bestia que amenaza nuestra convivencia diaria, dentro y fuera de nuestra Iglesia. Lo mismo podemos decir de las dictaduras que sufren muchos pueblos; y del odio que padecen los inmigrantes en nuestra sociedad de la abundancia; y de tantos tipos de males sociales y personales, de los cuales es misión de los cristianos ayudar a liberar a sus hermanos los seres humanos.

El compromiso que exige el rezar el Magníficat

Ni los poderosos han sido derribados de sus tronos, ni los hambrientos han sido colmados de bienes. Más bien parece que sucede todo lo contrario. Y es que el reino de Dios ha sido inaugurado con Jesús de Nazaret, ciertamente, pero la salvación de los seres humanos tiene todavía un largo camino por recorrer hasta su implantación en la tierra. Por ello, Jesús envía a sus discípulos y les da la fuerza de su Espíritu no sólo con la misión de transmitir el anuncio del perdón de los pecados y la vida eterna, sino también con la de «sanar y salvar». Los seres humanos que consiguen experimentar en Jesús la salvación que viene de Dios son a su vez llamados a hacer lo mismo siguiendo a Jesús, e incluso a hacerlo aún en mayor medida (Jn 14, 12), con amor incondicional al prójimo. Sólo así, es creíble que el reino de Dios es la salvación para todos los seres humanos. Por eso, rezar o cantar el Magníficat no sólo es una alabanza de agradecimiento a Dios por el don de la salvación, sino también un compromiso para hacer que los poderosos sean derribados de sus tronos y que los hambrientos sean colmados de bienes. Jesús no quiso ser un líder político-mesiánico, pero su mensaje y su vida tuvieron implicaciones sociales y políticas de profundo calado. La práctica del reino de Dios lleva a acciones y palabras que pueden poner en entredicho y criticar a instituciones sociales, políticas, económicas, religiosas y también –cómo no– a personas. Porque la conducta de Jesús conmociona hoy nues-tro sentido de lo que es justo, bueno y honesto. Creer en la resurrección de Jesús y en la nuestra, en la ascensión de María al cielo, es luchar contra todo lo que signifique muerte y deterioro. Las pequeñas resurrecciones de los crucificados que hay en nuestro mundo son trozos de la gran resurrección que el Señor nos concederá como don.

Quien se fía de Dios, tiene la esperanza de que el bien es más fuerte que el mal

Jesús se fío de Dios y vivió con la convicción de ser afirmado y reconocido como Hijo por su Abba. Esto es lo que confiesa nuestra tradición cristiana. Lo mismo sucederá con nosotros si nos fiamos de Dios: su Espíritu nos transformará y nos renovará para practicar un amor solidario. Como sucedió con Zaqueo, el recaudador de impuestos, quien, tras su encuentro liberador con Jesús, hizo que los pobres compartieran lo que poseía. La resurrección de Jesús y su ascensión junto al Padre, la ascensión de María y la de todos los que han muerto en el Señor, nos quieren enseñar que el bien es más fuerte que el mal. La experiencia fundamental de los primeros discípulos tras el viernes santo fue que el mal, la cruz, no pueden tener la última palabra; el camino que ha recorrido la vida de Jesús es el correcto, y es la última palabra, rubricada en su resurrección. Y no es que la resurrección sea una especie de compensación por el fracaso histórico del mensaje y la actuación de Jesús; sino porque el «recorrer Palestina haciendo el bien» fue ya el comienzo del reino de Dios: de un reino en el que la muerte y la injusticia no tienen ya lugar. En la puesta en práctica del reino de Dios en Jesús está ya anticipada la resurrección, la ascensión al cielo. La fe pascual afirma que ninguna forma de mal tiene un futuro definitivo.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Evangelio para niños

La Asunción de la Sma. Virgen - 15 de Agosto de 2009



La verdadera dicha

Llucas 11, 27-28

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a las turbas, una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo: - ¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! Pero él repuso: - Mejor: ¿Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!

Explicación

Jesús, cuando hablaba con su Padre Dios le daba gracias, porque era muy agradecido y además valoraba mucho todo lo bueno que Dios hace en favor de sus hijos, que somos todos. Hoy, unidos a Jesús, damos gracias a Dios Padre, porque María, la madre de Jesús, ha pasado de estar en la tierra acompañada por los amigos de su Hijo, a la Casa del Padre en el cielo, participando de la vida feliz y plena de Jesús.